

EVIDENCIAS EN TORNO A LOS MITMAQKUNA INCAICOS EN EL
N.O. ARGENTINO

Ana María Lorandi*

(Seguido de un apéndice sobre tecnología cerámica a cargo de Beatriz
Cremonte)

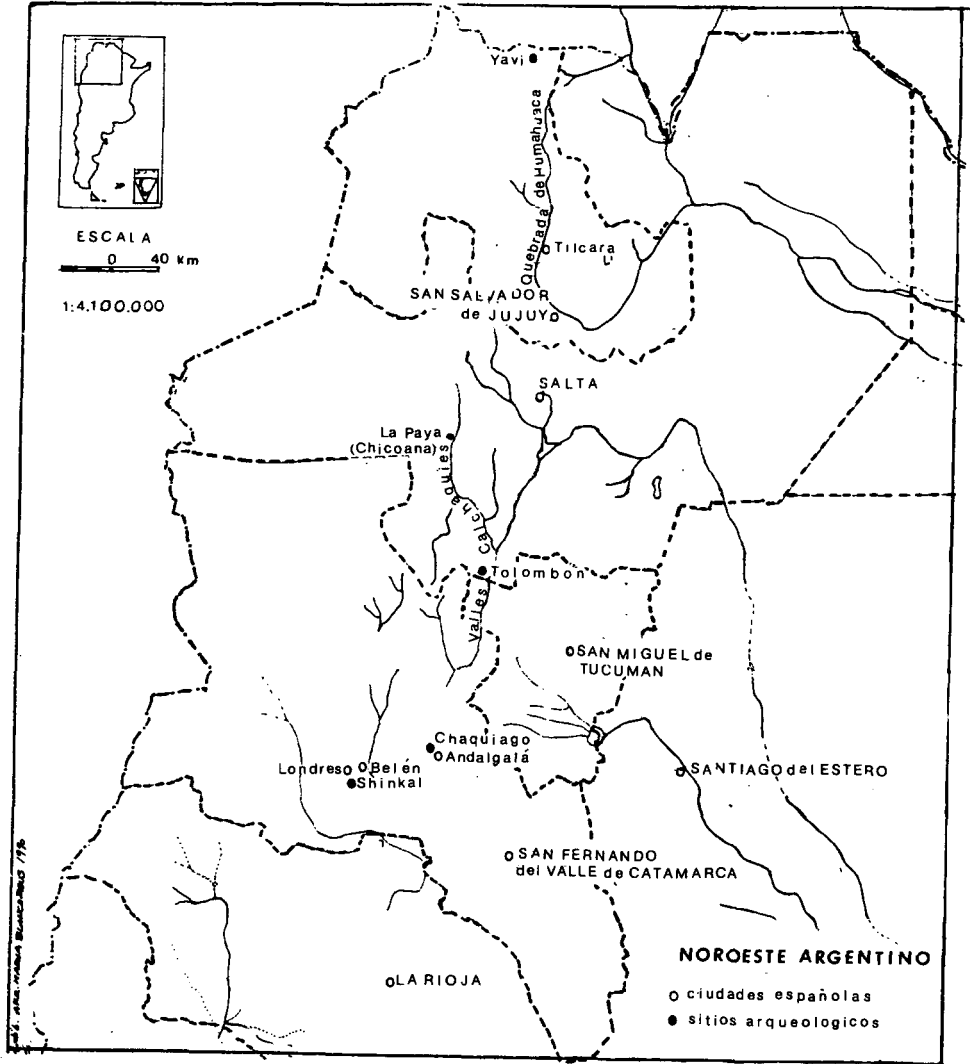
• Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Profesora Titular y Directora del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Este trabajo se realizó con fondos de CONICET y UBACYT.

ENCUADRE HISTÓRICO

El noroeste argentino¹ debe ser observado, desde una perspectiva etnohistórica, como una unidad compleja que se encuentra íntimamente ligada al mundo andino centro-meridional. Los ejes geográficos, sociales y culturales que identifican a esta región se extienden a través de la Puna y se trasladan a las cadenas montañosas y los valles que la rodean por el este y por el sur. A medida que nos alejamos de la Puna y de su borde oriental, las sierras se separan cada vez más y los estrechos valles del norte son reemplazados por pampas intermontañas, que soportan una aridez creciente a medida que aumenta la latitud. Sobre los ejes serranos se practicaba una fluida comunicación norte-sur, aprovechando las tierras altas próximas a las cumbres. Sin embargo, la geomorfología permite un acceso fácil desde las sierras hacia la Puna y desde los valles hacia las llanuras chaqueñas del oriente. Es así que las comunicaciones tanto "horizontales" como "transversales" no encuentran barreras impracticables, favoreciendo el dinamismo de los intercambios sociales y económicos. Es en este espacio, pleno de amplios contrastes ecológicos, donde encontraremos instaladas diversas poblaciones que deben ser étnica y culturalmente diferenciadas.

Hasta el momento no ha sido posible identificar correctamente a los habitantes de la Puna, y las confusiones del presente nacen probablemente de la intervención incaica, que pudo modificar en forma sustancial el mapa étnico de esta región. Las crónicas tempranas sólo mencionan a "pueblos" específicos, tales como Casabindo y Cochinoca, pero no utilizan indicadores étnicos claros. Con la quebrada de Humahuaca las confusiones no son menores, porque tampoco conocemos con certeza la filiación de los

(1) El noroeste argentino está integrado por las provincias de Salta, Jujuy, Tucumán, Catamarca y La Rioja. Esta región formaba parte de la jurisdicción del Tucumán Colonial que incluía también a las provincias de Córdoba y Santiago del Estero.



quebradeños, e incluso hay sospechas de una cierta multiétnicidad a lo largo de su recorrido y en su entorno oriental (Lorandi, 1984). Las poblaciones del norte de la quebrada, desde Humahuaca hacia arriba, así como las de la Puna, parecen haber compartido lazos de filiación más estrechos con los altiplánicos de la Bolivia actual; pudo no darse la misma situación para los grupos instalados entre Humahuaca y Volcán, punto este último, que marca el límite meridional de la quebrada.

Hacia el sur, los valles de Jujuy y de Salta se abren hacia la llanura oriental y constituyen zonas de frontera ecológica, social y cultural a raíz de la penetración de las poblaciones chaqueñas, que presionaron sobre los valles más fértiles del oeste, tal vez a todo lo largo de su historia.

Si bien en el período colonial temprano (para nosotros la segunda mitad del siglo XVI), se hace manifiesto el liderazgo del curaca Viltipoco que encabeza una rebelión general en la quebrada, persisten aún muchas sombras sobre la verdadera naturaleza política bajo la cual se organiza su población. No sabemos, en realidad, si se trata de cacicatos que limitan su poder a segmentos de la quebrada principal y de las quebradas tributarias por la que se accede a la puna o a las cadenas orientales, o si existen algunos que abarcan sectores territoriales y demográficos más amplios. Siendo así, el tema queda abierto por el momento, hasta que nuevas evidencias nos permitan avanzar sobre estos interrogantes.

El área central del noroeste, por su parte, estuvo poblado por una numerosa población que compartía una misma lengua, llamada *kaka* o *kakana*. Se trata de los *diaguitas*, conjunto heterogéneo de poblaciones unidas por este substrato lingüístico común, al que se suma un patrón cultural semejante pero con particularidades que marcan la diversidad intraétnica. Naturalmente, en un espacio tan extenso, que comprende las actuales provincias de la Rioja, Catamarca, y sectores occidentales de Santiago del Estero, Tucumán y Salta, las diferencias en el grado de complejidad cultural y política también fueron importantes.

Existen dos grandes valles, el de Hualfín y el Calchaquí,² donde se encuentran evidencias de mayor desarrollo tecnológico, así como pruebas de la presencia de unidades políticas más amplias y fuertes. En el resto

(2) El valle Calchaquí o valles Calchaquíes conforman una unidad geomorfológica integrada por las cuencas de los ríos Calchaquí al norte y Santa María (o Yocavil) al sur. Ambas se unen en Cafayate, en un punto equidistante de los extremos de cada valle. Por comodidad llamaremos valle Calchaquí a todo el conjunto.

del área el grado de atomización social se acentúa a medida que las condiciones ecológicas se endurecen. Durante los siglos XVI y XVII, al menos en el valle Calchaquí sobre el cual disponemos de mejor información, convivían varias jefaturas que controlaban sólo determinados segmentos del territorio y que mantenían entre ellas conflictos seculares.

No son pocas las dificultades que se presentan para reconstruir la historia social prehispánica, problema en el cual tiene una intervención decisiva la política desestructuradora del Cuzco cuando incorpora esta región al Tawantinsuyo. A ello se agregan, además, las condiciones particulares de la historia colonial, signada por su permanente marginación con respecto a los grandes intereses de la Corona de España. Durante los primeros tiempos coloniales la importancia del Noroeste se reduce a asegurar la ruta que une Lima y Potosí con el Atlántico. Por las causas apuntadas, podemos entender que no existan crónicas pormenorizadas sobre la región, escritas por testigos de la tierra. En su reemplazo contamos con algunas relaciones, información contenida en las grandes crónicas andinas usando datos de segunda mano, o bien papeles locales de tipo administrativo o judicial, en los cuales, a veces indirectamente, se ofrecen datos etnológicos fragmentarios. Sin embargo disponemos de historias posteriores, como la del jesuita Pedro Lozano, que constituyen una de las mejores fuentes sobre estos temas porque están basadas tanto en las cartas de los misioneros a su provincial, que recogen la tradición oral de los indígenas, como en otros documentos administrativos y judiciales que le otorgan credibilidad.

Para los períodos más tardíos contamos con mejor información, en especial a partir del siglo XVII. Esto nos permite visualizar con alto grado de confianza la estructura política de la población nativa en ese siglo y evaluar al mismo tiempo las alteraciones que va produciendo la intervención colonial. Por cierto que por una y otra razón, son muchas las dificultades para hacer una historia retrospectiva como la que se practica en las áreas nucleares de América. A pesar de ello, o tal vez, a causa de ello, esa condición tan particular de "frontera" política y social permite que el Noroeste se presente con un gran dinamismo demográfico en lo que se refiere a relaciones interétnicas.

Los mitmaquna incaicos originarios del altiplano

Sólo cuando la arqueología de las sociedades complejas nos provea de mayores evidencias sobre la diversidad cultural preincaica, estaremos en condiciones de formular mejores hipótesis sobre la complejidad étnica y sobre la amplitud de las unidades políticas en esta región en los tiempos

preincaicos. Por el momento, y en base a nuestros conocimientos actuales, estamos intentando una reformulación de la problemática que se vincula con la incorporación del noroeste al Tawantinsuyo y los efectos que tuvo la política de implantación masiva de *mitmaqkuna* en la alteración del mapa étnico y en los procesos de mestizaje posterior.

Las fuentes coloniales traen escasas menciones sobre el tema, y cuando lo hacen, insisten en repetir que los indios no tributaban al Inca. Para juzgar el sentido exacto de esta afirmación conviene analizar con más detalle las características que adquirió la ocupación inca en esta región en lo que respecta a la instalación de nuevos elementos poblacionales. Para ello disponemos de una serie de citas que se encuentran en los textos del padre Lozano, y que nos permiten seguir la evolución de sus opiniones y sobre todo la variedad de información que pudo recuperar a través de la documentación que los jesuitas acumularon a lo largo del siglo XVII. Veamos la primera mención a este tema en la *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*:

"Otros finalmente, empeñados en introducir por cualquier camino el Imperio de los Ingas en Tucumán, dicen ahora, haber sido tradición entre los indios tucumanos que las milicias peruanas entraron por la parte de Salta y prueban su dicho, lo primero por el lugar que en el valle de Calchaquí hasta hoy preserva, con el nombre de Tambo del Inga, y lo segundo con el pueblo y asiento que llaman de Chicoana /.../ porque para seguridad de esta conquista, mandó el Inga poner en aquel paraje /.../ un fuerte presidio, cuya guarnición venía a sus tiempos, desde el valle de Chicoana cercano a su corte del Cuzco remudándose unos en el lugar de otros y todos naturales de aquel valle por ser de los más fieles, y por esta razón llamaron a aquel sitio el Asiento de Chicoana en memoria de su patria" (Lozano 1874, IV: 8).

Más adelante, Lozano reproduce la opinión del padre Diego Lezana, quien rechaza la idea de tal conquista porque,

"...los cuzqueños temblaban de solo el nombre de los Calchaquí, como que sabían, era gente indómita, fiera por extremo y caribes" (ibidem, pág. 10)

Ahora bien, en la *Historia de la Compañía de Jesús*, Lozano insiste en el tema y confirma los matices del texto precedente de la siguiente forma:

"El poder amplísimo de los Ingas jamás domó el orgullo de los natu-

rales de este valle/Calchaquí/ y los españoles nunca pudieron rendir las duras cervices en más de cien años, si bien los tuvieron a raya, para que no embarazasen las Conquistas de otras Naciones, como también los Ingas procuraron tenerlos enfrenados" (Lozano 1754, I, cap. X:47)

Si dejamos de lado la duda que se arroja sobre la posibilidad de la conquista incaica, que de hecho no sólo las crónicas sino la arqueología refutan totalmente, las citas confirman que los habitantes del valle Calchaquí opusieron resistencia a la conquista incaica, como lo harán más adelante con los españoles quienes tardan más de un siglo en doblegarlos. Pero la solución que implementa el Cuzco es parcialmente diferente a la que pondrán en práctica las autoridades de la gobernación del Tucumán. Lozano nos ofrece dos datos interesantes: por un lado que el dominio incaico se apoyó en la instalación de fuertes contingentes de *mitmaquna*, y por el otro, que éstos provienen del valle de Chicoana o Sicuani, "cercano a su corte del Cuzco".

Es evidente que Lozano recupera esta información de las cartas de los misioneros que evangelizaban en el valle Calchaquí en la primera mitad del siglo XVII, quienes recogieron las tradiciones orales que persistían en la región. Lamentablemente, no disponemos de confirmación respecto al origen de los *mitmaquna* ya que ninguna otra fuente independiente los consigna. Esto se explica por la ausencia de relaciones comensales entre las poblaciones del valle Calchaquí y los españoles, puesto que durante más de cien años sus contactos fueron agresivos y cuando finalmente lograron vencerlos, la desnaturalización y dispersión a los que fueron sometidos los indios impidió y sobre todo hizo innecesario que se tratase de recuperar esa información.

La conquista definitiva del valle Calchaquí se realiza al promediar el siglo XVII. El gobernador Alonso de Mercado y Villacorta emprende su primera campaña en 1659 y la segunda en 1664. Con esto deja desierto el valle, pues traslada y reparte a toda su población. El episodio que acelera la decisión de las autoridades provinciales estuvo ligado con la llegada de Pedro Bohorquez quien intenta implantar, en estas tierras, la utopía del reino incaico restaurado. A pesar de su origen andaluz, Bohorquez se hace pasar por miembro de la casa real incaica, encontrando refugio entre los indios paciocas, que como veremos, eran los probables descendientes de los antiguos *mitmaquna* de Sicuani. El episodio Bohorquez, que no trataremos aquí, tiene aristas verdaderamente apasionantes, pero por ahora nos interesa señalar que por su envergadura y por el peligro que entrañó para la población española del Tucumán, generó una cantidad importante de documentación que nos

ha permitido conocer con más detalles las condiciones estructurales y demográficas del valle Calchaquí.

Cuando Pedro Bohorquez aparece en escena, el gobernador Mercado y Villacorta intenta negociar con él a cambio de que obtenga información sobre minas y tesoros y que haga cumplir las mitas que los indios debían a sus encomenderos. Sin embargo, las noticias que circulaban sobre las aventuras de Bohorquez en Perú incita la desconfianza de muchos pobladores del Tucumán, y entre ellos el principal opositor a la política del gobernador será el Obispo Melchor de Maldonado, quien también escribe a don Pedro tratando de disuadirlo de su aventura. El padre Lozano transcribe la carta del Obispo y aclara el sentido de sus arengas con los siguientes argumentos:

"En lo que dice su Ilustrísima para que no confiase Bohorquez en su título de Inga, de ser bien tratado de los calchaquíes, que éstos ni amaron ni conocieron al Inga, sino sujetos con presidios, alude a la opinión de algunos que sienten que de hecho los capitanes del Inga conquistaron dos veces a los naturales de este valle, pero que ellos idólatras de su propia libertad, llevaron tan pesadamente el yugo de su nuevo dominio, que otras dos veces se rebelaron; por lo cual despachando tercera vez sus capitanes al valle, les dió orden apretada que destruyesen a todos sus moradores; y que de ahí le vino al valle, en el idioma peruano el nombre de *Calchaquí* que quiere decir asolados, usando la metáfora del verbo *Calchani* que usa el indio, cuando acaba la cosecha de maíz abate al suelo la caña y alterando poco el vocable se llamó el Valle de Calchaquí" (Lozano 1874, V:71)

Si confiamos en las opiniones precedentes, los pobladores del valle Calchaquí habrían sido duramente castigados por su rebeldía y total o, al menos, parcialmente desplazados y reemplazados por *mitmaquna*. En el contexto semántico de las fuentes que consultamos nunca estamos totalmente seguros si cuando se refieren al valle Calchaquí se incluye todo el ámbito geográfico en el sentido moderno,³ o sólo a segmentos territoriales donde se encontraban afincados los indios gobernados por Juan Calchaquí en la década de 1560 (Lorandi y Bunster 1987-88). En el lenguaje del padre Lozano, parecería más correcto interpretarlo como una referencia a la totalidad del espacio del valle y no en sentido restringido y para sostener esta opinión nos apoyaremos en otra serie de evidencias históricas y arqueológicas que

(3) Ver nota 2.

revelan que la ocupación incaica en la región fue efectivamente intensa.

A lo largo del ámbito valluno se jalonan numerosos establecimientos incaicos, algunos verdaderos "centros administrativos" y otros de menor envergadura. En todos ellos, y a pesar de las escasísimas excavaciones sistemáticas realizadas hasta ahora, existen pruebas de la presencia de estos *mitmaqkuna*, identificados en especial por la alfarería inca provincial elaborada con arcillas locales y decorada con un estilo mixto integrado por rasgos cuzqueños y por otros que provienen de las tradiciones culturales de cada grupo de *mitmaqkuna*.

Recordemos que el padre Lozano, en nuestra primera cita, hace referencia a *mitmaqkunas* que provenían de Sicuani o Chicoana. Efectivamente, sabemos que Sicuani es un pueblo de la provincia de Canas de donde provienen una serie de evidencias que apoyan sus opiniones, aunque la investigación sobre las mismas recién se inicia y nuestras conclusiones tienen carácter apenas hipotético. Los datos que ha publicado Luis Miguel Glave (1989) sobre la provincia de Canas son sumamente sugerentes si bien, lo reiteramos, es un tema sobre el cual es necesario avanzar con suma prudencia. Haremos sin embargo un breve resumen de los datos que nos mueven a reflexión e insisto, más bien como un pedido de auxilio a los colegas que trabajan en estas regiones para que presten atención a este tipo de datos y así ampliar nuestra información al respecto.

En apariencia, tanto la provincia de Canas como el valle Calchaquí fueron bastante castigados por los cuzqueños. Uno de los cuatro grupos básicos de la provincia de Canas, los ayaviris, fueron prácticamente diezmados por la conquista inca. Canas y Canchis parecen haber formado una federación, y según los distintos censos coloniales, se los redistribuyó en jurisdicciones diferentes. A raíz de la extracción de gente y de la incorporación de *mitmaqkuna*, la provincia sufrió fuertes alteraciones demográficas que dieron lugar a conflictos por tierras que se prolongan hasta fines del siglo XVII. En Sicuani existía un ayllu Luracata o Luracache que compartía tierras con ayllus de *mitmaqkuna*, y en el valle Calchaquí rodeando al emplazamiento de Chicoana se encuentra una larga quebrada que estaba ocupada por la parcialidad de los luracatao. Asimismo al norte tenemos las poblaciones de Cachi y La Poma, ambas con presencia incaica, existiendo un ayllu Pomacanchis entre los Canchis. En el censo de 1599, en la provincia de Canas figuran entre otros los ayllus de Sicuana, Lurucache, Nuñoa, Anconcaua y Orurillo (Glave, op. cit.: 237). En la provincia de Tucumán existe un cerro Nuñoa, y en Orurillo u Oruro había unas tierras llamadas Payamarca, que fueron motivo de conflicto con los del pueblo de Asillo (Glave, op. cit: 293),

siendo La Paya el nombre con el que se conoce en la actualidad a la localidad inca de Chicoana y que se repite en otro gran establecimiento incaico, el de Payogasta, (en *kakano*, *ao* y *gasta* son desinencias que indican "pueblo" de determinado grupo étnico). Entre los ayllus del pueblo cana de Pichigua, figuran los de Chani, Colana Chillque y Canas Chillque, existiendo un cerro Chañi en el valle Calchaquí y una quebrada Chilca que va de Andagalá al campo de Pucará donde se encuentra una de las mayores fortalezas incaicas de la región.

Estamos conscientes del peligro que encierran estas asociaciones: por ejemplo *chilca* es el nombre de una planta que se usa para cestería y *paya* es abuela o vieja, y podría no tener ninguna relación con un patronímico cana. Sin duda las mismas o parecidas observaciones podrían apuntarse para cada una de las coincidencias que hemos señalado hasta el momento, que por cierto no pueden ser consideradas sino como coincidencias. Salvo que el orden y la relación entre los datos los conviertan en hilos conductores que nos guíen en una investigación que debería dar frutos más confiables en un futuro mediano.

Si nos trasladamos al centro del valle Calchaquí, a la zona donde residía el famoso líder Juan Calchaquí al que ya hemos hecho referencia, encontramos que su pueblo se llamaba "pueblo de tolombones y paciocas". En un padrón de Oruro u Orurillo⁴, de la provincia de Canas, realizado en 1604, encontramos censados un ayllu *mapacioca* (siendo el prefijo *ma* probable indicativo local de Hurfn). En la información originada durante la campaña del gobernador Alonso de Mercado y Villacorta en 1659, hay reiteradas indicaciones sobre el parentesco que se estableció entre linajes principales de tolombones y paciocas (Lorandi y Boixadós 1987-88: 332-341). Pues bien, el padre Pedro Lozano viene en nuestro auxilio una vez más para aclarar este tema que ofrecía puntas confusas al considerar solamente la información proveniente de los Autos del proceso a Pedro Bohorquez. En la página 78 del Libro V de la Historia del Paraguay..., Lozano se refiere al "valle de Tolombón" como sector político-territorial del valle Calchaquí y señala además que los tolombones,

"...habiendo en su antigüedad contraído parentesco con los presidiarios peruanos que hubo en sus fronteras, se habían esmerado más en los obsequios a su fingido Inca./Pedro Bohorquez/ quien por fiar

(4) AGN Sala 13-17-1-4. Padrón de Oruro 1604-1786. Repartimiento de Oruro. Este padrón que corresponde al Oruro u Orurillo de la provincia de Canas, Perú, fue incluido por error entre documentos de Oruro de Bolivia. Gentileza de Mercedes del Río.

más de ellos, les hizo los guardas inmediatos de su persona, porque así aseguraba más el respeto y veneración de los demás..." (op.cit.: 78).

Como ya lo habíamos mencionado más arriba, Pedro Bohorquez encuentra su mayor apoyo entre los *paciocas*, cuyo cacique Pivanti es quien lo introduce en el valle. Cuando publicamos el trabajo sobre el valle Calchaquí, desconocíamos la existencia de un ayllu *mapacioca* entre los de Oruro de la provincia de Canas y en consecuencia no reforzamos nuestras argumentaciones con esta nueva cita del padre Lozano. Al contrario de lo que sucede con todas las referencias anteriores, ésta parece ser algo más que mera coincidencia y nos indica que el camino elegido no es totalmente arbitrario. Si efectivamente los *paciocas* proceden de esta zona próxima al Cuzco, la estrategia de Bohorquez de reimpulsar la resistencia de los calchaquíes introduciendo la utopía andina en esta lejana "frontera" del antiguo Tawantinsuyu no parece, tampoco, haber sido descabellada o desprovista de lógica. La utopía de la restauración del imperio encuentra entre los descendientes de los antiguos *mitmaquna* una base más coherente. Es más, a pesar de los parentescos que establecieron con los originarios, los *paciocas* no pierden su identidad, puesto que conservan su nombre y con él la memoria de su origen. Ahora sabemos, además, que tanto los indios del valle Calchaquí, como el mismo Bohorquez, tenían pleno conocimiento de los conflictos emergentes o subyacentes de la sociedad de los Andes Centrales y que la utopía estaba presente también en el valle Calchaquí como una estrategia para reforzar la resistencia ante la opresión colonial. Bohorquez, por su parte, había recogido estos mitos de restauración en sus anteriores aventuras en el oriente peruano, que incluyeron entradas y fundación de poblaciones en la zona del Cerro de la Sal (Santos 1986), en la región de indios campas/amueshas, donde un siglo más tarde Juan Santos Atahualpa reiniciará levantamientos que tuvieron la misma base utópica.

Además de los mencionados existen algunos pocos datos más que ayudan en la identificación de los *mitmaquna*. Juan Colque Guarache, curaca de los *asanaques* que habitaban la puna meridional, afirma en una probanza de méritos que eleva a las autoridades coloniales, que sus indios acompañaron a Tupa Inca a la conquista del Tucumán (Espinosa Soriano 1981).

Es evidente que este dato es insuficiente para inferir también que fueron *mitmaquna* y que poblaron esta región. Sin embargo, la alfarería de estilos *chicha* (o Yavi, localidad de la frontera argentino-boliviana) presente en los sitios incaicos del valle Calchaquí y aún más al sur, en Potrero-Chaquiago, revelan que junto a los *mitmaquna* de Canas y Canchis debieron

encontrarse otros originarios de las áreas meridionales del actual altiplano de Bolivia (véase apéndice sobre tecnología cerámica). Por supuesto la multiétnicidad de las colonias estatales no debe sorprendernos. En varios centros incaicos se han hallado vasijas de estilo "inca-pacaje" que señala la presencia de *mitmaquna* de las regiones circunlacustres, incluido el territorio Colla. Por lo demás, en el valle de Catamarca, al sur de la provincia homónima, existe una localidad denominada Collagasta, y si estamos en un camino interpretativo aproximadamente correcto, se trataría de un asiento de pobladores originarios de la provincia de los collas.

Los mitmaquna incaicos originarios de la frontera tucumano-santiagueña

Las autoridades españolas impusieron a toda la región del actual noroeste argentino el nombre de Provincia del Tucumán, Jurfés y Diaguitas. Por comodidad de los discursos es frecuente encontrar que sólo se utilizaba el término Tucumán, que con el tiempo terminó por reemplazar a la designación original que pretendía dar cuenta de la variedad intrarregional e intraétnica que quedaba incorporada a la nueva jurisdicción. Un análisis pormenorizado del uso de los términos Tucumán, jurfés y diaguitas, nos ha convencido que identifican territorios perfectamente diferenciados y diferenciados desde los primeros tiempos coloniales (Lorandi 1983; Lorandi y Bunster 1987-88).

El Tucumán prehispánico corresponde al sector serrano que los españoles denominaron Andes (Antis) del Tucumán, en especial su vertiente oriental y el pie de monte, formando una franja de extensión indefinida que circunda el área interserrana y de puna. En sentido estricto pudo limitarse a los valles más orientales de las actuales provincias de Tucumán y Catamarca.

Como lo veremos en este acápite, las poblaciones que ocupaban esas franjas estaban participando no sólo de una frontera política sino también cultural y cumplieron diversos roles interactivos tanto con las autoridades del Cuzco como con las poblaciones de los segmentos serranos más próximas a cada uno de sus hábitats, como ya lo señalamos parcialmente en trabajos anteriores (Lorandi 1980; 1983 y 1984), aunque en 1986, France-Marie Renard-Casevitz y Thierry Saignes anotaban que "la historia de toda esta región fronteriza es prácticamente desconocida" (pag. 127). Por lo visto los autores ignoraban la existencia de dichos trabajos donde se analiza y discute este tema con cierto detalle.

En las crónicas que describen las primeras entradas españolas al N.O. argentino, los indígenas de la frontera son designados genéricamen-

te como *juríes*, término que no identifica a un grupo étnico en particular sino a una categoría de gente según el universo conceptual de las poblaciones altiplánicas que fueron reclutadas como yanacunas por los primeros conquistadores. Es así que Fernández de Oviedo, que disponía de los informes de Diego de Almagro sobre su entrada hacia Chile en 1535, cuenta que los juríes o jujíes atacaron a las tropas españolas en el valle Jujuy y habían penetrado el borde sudoriental de la quebrada de Humahuaca, el valle de Jujuy y el de Salta (Oviedo, libro 47, cap. 2 /1534-56/ 1855). Su testimonio contiene varias apreciaciones de interés. Nos dice que la sierra que el Adelantado atravesó se "inicia en Tupisa y Xibixuy" que es áspera y frágosa, y que "...En algunas partes de la cual (especialmente cabe a las dichas provincias) se comenzaron a recoger algunos ladrones o salteadores, cuyos hijos allí crecieron..." y a continuación relata los asaltos que estas poblaciones dieron a los pueblos de la región, hasta que lograron despoblarla parcialmente. Menciona el caso del valle de Salta, dato confirmado más tarde por Sotelo de Narváez (/1583/1885) que lo describe como "despoblado de indios".

Las poblaciones altiplánicas muestran rechazo por estos invasores que provienen de las tierras bajas y los consideran *qhera haque*, *yunca haque*: hombre que no se vincula con nadie, pobre y avaro; son "nuevos, o gente recién llegada", es decir son *musi hanti haque*: hombre salvaje rústico (Bouysson-Casagne 1978; Bertonio /1612/ 1879). Al respecto es interesante subrayar el comentario de Oviedo, cuando señala que en este proceso interviene más de una generación: "...cuyos hijos allí crecieron..." El cronista además describe a los juríes como "muy altos de cuerpo y cenceño /.../ Son tan ligeros que los indios comarcanos los llaman *por su propio nombre Juríes, que quiere decir aveztruz*"⁵. Bertonio nos dice "*suri-haque*: una nación de indios muy crecidos o altos que dice que estaban hacia Chile y así dicen Chilli suri, plumas de aveztruz que traen de Chile o de Tucumán".

Los juríes fueron desplazados por los incas e instalados en diversas fortalezas del borde oriental de la puna. En determinado momento se los confunde con los mojos-mojos encomendados a Cristóbal Barba (Lorandi, 1980: 152-154; del Rfo y Presta 1984: 223 y 227-228), seguramente porque comparten patrones culturales semejantes como se desprende de comparar

(5) Jurí no es designación étnica sino categoría social, tal como se desprende de esta cita. Debió estar integrada por diversos grupos étnicos originarios de tierras bajas, cuyos tempranos desprendimientos se asentaron en las franjas fronterizas e incluso en el interior de los valles interserranos, adaptándose parcialmente a las pautas culturales de esta última región.

la descripción de los mojos-mojos que hace Lizárraga (/1580/ 1916, I:246) con la información arqueológica que proviene de los asentamientos de jurfes en Santiago del Estero (Cioni, Lorandi y Toni 1979). Ya en 1980, comentábamos una cita de Garcilaso, según la cual algunos de estos "hombres nuevos" aceptaron el vasallaje a cambio del derecho a integrar las huestes militares permanentes del imperio, adquiriendo así un status privilegiado, previamente negociado (Lorandi 1980: 154). Esta interpretación coincide con la que realizaron más tarde Renard-Casevitz y Saignes sobre el caso de los mojos procedentes del Beni (op. cit: 59-60), que son los mismos que eran confundidos con los jurfes. Ellos también enviaron embajadas al Cuzco y permitieron que los incas instalaran colonos serranos en sus propias tierras e incluso les ofrecieron sus hijas en matrimonio, lo que ayudaba a afincarlos. Se produce así una doble corriente de intercambios étnicos, no sólo hacia arriba, sino también hacia las tierras bajas. ¿Es éste el caso que explicaría la presencia de un pueblo llamado Atacama, localizado en las riberas del río Dulce en Santiago del Estero? ¿Se produce aquí un colchón integrado también por grupos serranos para consolidar la política defensiva del Imperio? Es obvio que, en el estado actual de nuestros conocimientos, es imposible ofrecer una respuesta firme a tales interrogantes, pero sin duda ya es importante señalar estas evidencias, aunque sean todavía sumamente débiles.

En el sector norte de la jurisdicción española del Tucumán, y como ya lo dijimos, encontramos diversos grupos vinculados a las poblaciones del altiplano meridional. Esa zona también fue fuertemente intervenida por los incas y diversas fuentes confirman la existencia de *mitmaqkuna* chichas, chuys y churumatas instalados en los valles medios al oriente de la quebrada de Humahuaca y en el borde superior de la floresta tropical. Se los designa como "*churumatas e chichas orejones*" (Pastells 1912). Estos churumatas aparecen también repartidos en diversos pueblos del arco oriental del altiplano y han sido motivos de estudios recientes (Doucet 1989; Presta y del Río 1989). Una parte de ellos fueron instalados próximos a los ocloyas, de origen desconocido por el momento, quienes guardaban las cabeceras del río Zenta que era el paso obligado desde la quebrada de Humahuaca hacia el Chaco. Estos ocloyas dependían del cacique de Humahuaca y ya hemos discutido sobre la alternativa de que fuesen *mitmaqkuna* incaicos o antiguas colonias étnicas (Lorandi 1984). Lo que parece importante es que probablemente había 6000 mitimaes churumatas en esta región (Lozano /1756/ 1941: 79) y que éstos probablemente fueran de origen mataguayo (Lozano, op. cit: 181). En 1593, el cacique de los churumatas, llamado Laissa, y sus indios, se resisten a ser encomendados en Rodríguez Salazar y huyen hacia la selva: "...se retrajeron /.../ a la tierra de los chiriguanos o a su antiguo natural...", se dice en la Información de Francisco Argañaraz, fun-

dador de San Salvador de Jujuy, hecha en 1569 en La Plata (Leviller 1920, II).

Tenemos así que este sector de la frontera oriental estaba custodiado y explotado por una población de origen multiétnico. En los ríos de la zona había oro como lo confirma entre otros Sotelo de Narváz (/1585/1885) diciendo que está habitado

"...por gente del Perú /.../ que hay mucha población de gente vestida y se tiene noticias de indios vestidos Ingas que sirven de oro y plata. Estos indios tienen cerca de sí cordilleras y tierra doblada donde hay oro".

La continuidad y coherencia de la política de fronteras del Estado inca no se detiene en esta zona. Más al sur, en el Tucumán prehispánico propiamente dicho, vuelven a aparecer los jurfés, ocupando el sector serrano que los españoles denominaron Andes (Antis) del Tucumán, en especial a su vertiente oriental, el pie de monte y el sector occidental de la llanura santiagueña que fue considerada tierra de jurfés.

El Tucumán prehispánico se extendía sobre una porción de la actual provincia homónima, el oriente de la de Catamarca (posiblemente incluía el Campo del Pucará, el valle de Catamarca y las sierras del Alto-Guayamba-Ancasti y Guasayán), tomando también, el occidente de Santiago del Estero.

Por oposición a la resistencia con que los de Calchaquí enfrentaron a los cuzqueños, los de la provincia inca de Tucumán aparentemente prefirieron la alianza con los nuevos invasores. Gracias a ello el Tawantinsuyu logró establecer una franja de protección que actuaba como colchón y detenía las invasiones que provenían desde el Chaco. Se reprodujo aquí una situación similar a la que se logró consolidar más al norte como ya lo hemos señalado. Diversas fuentes lo confirman: Garcilaso dice que los del Tucumán ofrecieron su vasallaje, (1609/1960, V. cap. 25) y Cieza de León, medio siglo antes ya había ofrecido un cuadro correcto de la situación, afirmando que

"...fácilmente los pudieron los orejones atraer a que se dieran por vasallos del Rey Inca e concertaron que su amistad fuese perpetua, e ellos obligados a *no más de a guardar aquella frontera* que no entrase ninguna gente por allí a dar guerra a su Señor como esta paz fue hecha..." (subrayado nuestro. Cieza, Guerras Civiles /1553/ cap. XCI. 1947).

Garcilaso ofrece un relato más extenso acerca del mecanismo usado por los incas en Tucumán. Habla de embajadores llegados a Charcas desde el Tucumán, que está a "doscientas leguas al sudeste". Estos indios ofrecieron su vasallaje y en prueba de amistad entregaron al Inca productos de la tierra:

"...mucha ropa de algodón, mucha miel muy buena, zara /maíz/ y otras mieses y legumbres de aquella tierra /.../ no trujeron oro ni plata, porque no la tenían los indios ni hasta ahora, por mucho que ha sido la diligencia de los que la han buscado, ha podido descubrirla..." (Garcilaso de la Vega (1609) 1960, libro V, cap. 25).

Garcilaso se expresa en términos semejantes cuando se refiere al vasallaje que los chunchos ofrecieron a los incas (1609, libro 7, cap. 14, en Renard-Casevitz y Saignes 1986:111-129). Esta cita y otras que la refuerzan, les han permitido a estos autores proponer que entre los incas y muchas de las poblaciones de los Antis se entabló una particular relación de clientelismo político y económico y de doble dependencia, en tanto los incas necesitaban tanto los productos tropicales como el aporte de la población en la defensa de la frontera (1986:57-61).

Sin duda la estabilidad de la frontera oriental dependía de los acuerdos que se entablaran con las poblaciones culturalmente intermedias, porque eran las más capaces para manejar tanto los códigos de las tierras bajas como los de los valles intermontanos. Cumplían así un rol de "puente" cultural y político donde todos obtenían beneficios. Mas, aparte de esto, en muchos casos se comprueba la presencia de esas poblaciones en los valles, donde a cambio de nuevas tierras, los incas les encargaban la vigilancia de los autóctonos sometidos, en especial en zonas que ofrecían cierta resistencia. Renard-Casevitz y Saignes recuerdan que Cieza de León insiste en los conflictos que se suscitaban entre los colonos y los originarios donde la desconfianza y la vigilancia recíprocas servían para neutralizar las revueltas (op. cit.:58).

Los indios de la provincia inca de Tucumán fueron trasladados para controlar a los diaguitas de los valles del oeste y reemplazar la mano de obra que aparentemente éstos retacéaban. Un sinnúmero de asentos estatales permitían cumplir esta doble función militar y productiva y la arqueología permite verificar la presencia en ellos de estos *mitmaquna* provenientes del oriente (Lorandí 1983, 1988; Williams y Lorandí 1986; Lorandí, Cremonte y Williams 1988; Williams 1991). Además, hay varios pueblos en el valle Calchaquí y en el centro de Catamarca que reciben el nombre de Tucumanao o Tucumangastas. En efecto, conociendo estos datos, el cronista Herrera pudo decir que

"entra /Diego de/ Rojas en Tucumán y en Tucumanao halla buena acogida como es natural, porque el español había heredado los derechos del Inca" (Herrera /1601-15/ 1934, VII, IV, II).

La alfarería no inca que predomina en los asentamientos estatales de esta zona es similar a una de las dos grandes tradiciones estilísticas presentes en Santiago del Estero desde el año 1000 d.C. Siendo que los poblados santiagueños fueron probablemente biétnicos, hemos sugerido que uno de estos grupos con mayor expansión hacia el pie de monte serrano, fuera el que haya entrado en relación de vasallaje con los incas (Lorandi 1980). Los recientes estudios sobre la alfarería hallada en el centro incaico Potrero-Chaquiago demuestran el uso de arcillas locales, pero al mismo tiempo la persistencia de las tradiciones manufactureras y estilísticas de cada uno de los grupos de *mitmaquna* presentes en el sitio (Lorandi, Cremonte y Williams 1988). De esta forma estamos en condiciones de rastrear el área de dispersión de los colonos estatales y en especial de los jurfes que controlaban la región minera del centro de Catamarca.

Juan de Matienzo afirma que

"...se han visto más minas entre la provincia de Calchaquí y ésta de Londres, que se llaman las de Pasina, donde los Ingas sacaban oro...", y asimismo Polo de Ondegardo agrega que "...y casi en todas las partes hay minas de oro de ríos y cavañas, unas más ricas que otras /.../ así todos los Diagnytas /sic diaguitas/ y todo lo de Chile..." (1571/1872: 71).

Uno de los fundadores de la ciudad de Londres, Blas Ponce, precisa este dato diciendo que en Quiri-Quiri⁶ el inca tenía "más de veinte mil ingas mitimaes" y que vencidos por los españoles decidieron abandonar el valle

"...donde estaban por mitimaes sujetando a los naturales de aquella provincia, que es la que llaman de Londres, donde tenían sus minas y hacían sacar oro y plata para el dicho Inga..." (Medina 1888-1902, vol. 28)

Los privilegios que se obtenían como contradón pueden haber sido

(6) Provincia inca de Quiri-Quiri. Abarcaba desde el centro del valle Calchaquí hasta el suroeste de Catamarca y el límite con La Rioja. Una de sus cabeceras estaba en Tolombón y otra, probablemente, en Shincal, cerca de la ciudad de Londres. A este último asiento se refiere Blas Ponce en su cita, porque es la zona donde recoge esta tradición oral.

de orden diverso. En primer lugar nuevas tierras, que por los datos coloniales muchos de los antiguos *mitmaquna* continuaban disfrutando hasta mediados del siglo XVII, contradiciendo parcialmente a Blas Ponce cuando dice que regresaron a sus pueblos de origen. Más arriba vimos el caso de los paciocas de Canas y al sur del valle Calchaquí tenemos a los Ingamanas⁷, (designación probablemente funcional y no étnica) que también participan en las rebeliones. Asimismo, los indios del valle de Catamarca estaban claramente emparentados con los de Santiago como lo muestran los asentamientos similares y su alfarería. En una carta de 1607 se dice que "...andan los indios desnudos y muchos con plumas de avestruz cubiertas sus verguenzas..."⁸ y compartían ese valle con otros indios, tal vez *mitmaquna* altiplánicos como los del pueblo de Collagasta.

Estos advenedizos pudieron ampliar sus recursos disponiendo de ganado que pastaba en los pisos de "punas" de las sierras subandinas, siendo éstas las llamas que tienen los indios de Santiago según refieren los informes sobre las primeras entradas. Es así que respecto a los indios de Tucumán, Cieza de León dice que visten

"mantas largas de lana por debajo del brazo /.../ y en tiempos calurosos tienen de plumas de avestruz hechas otras mantas muy galanas" (Cieza, op.cit, 91)

Finalmente, estos indios que disfrutaban del privilegio de ser intermediarios entre el Estado y los diaguitas localizados más al oeste, aprendieron el quichua y al cumplir los turnos con los que servían su vasallaje, fueron dispersando esta lengua en la llanura santiagueña donde ya la encuentra el jesuita Alonso Barzana que recorre la región en 1581. En la sierra el misionero debe predicar en kakano. Es posible que las dificultades de los incas para incorporar a los diaguitas al sistema estatal se haya traducido en una menor incorporación de la lengua cuzqueña en este grupo serrano, en tanto los vasallos orientales la hayan asumido no sólo como vehículo de comunicación indispensable sino como símbolo de ascenso social.

Sin duda los conflictos entre originarios y advenedizos sólo se acallaban cuando debían enfrentar al enemigo común, es decir a los españoles. Entre entrada y entrada de éstos al valle Calchaquí se producían frecuen-

(7) Ingamana, donde la etimología sugiere *mana*, gente que ayuda o trabaja para alguien. Ingamana no es entonces una designación étnica, sino que marca la condición de sujetos privilegiados del Inca.

(8) Carta de Francisco Betanzos al gobernador de Tucumán, relativa al valle de Catamarca. Fechada en Salta el 7 de febrero de 1607. Archivo Nacional de Bolivia. Gentileza de Josefina Piana.

tes combates por tierras, acceso a los algarrobales o posesión de mujeres (diversas fuentes, ver Lorandi y Boixadós 1987-88 y Lorandi y Boixadós 1989). Conflictos por otra parte, que resultan semejantes a los descritos por Miguel Glave para las provincias de Canas y Canchis también muy afectadas por los traslados ordenados desde el Cuzco.

¿Dónde fueron instalados los calchaquíes que fueron obligados a abandonar su territorio, a dónde los desplazados de otras zonas del noroeste? Sólo disponemos de unos pocos datos, y todos muy ambiguos. Sabemos de juríes que fueron instalados cerca de Tomina y en otras fortalezas de Tarija. Glave consigna un ayllu *surimana* en las provincias de Canas y Canchis que tal vez nos sugiera también la presencia de juríes en esa región. En el valle de Cochabamba hay vasijas de estilos santamariano (de Calchaquí) y otras de estilo inca provincial de la misma procedencia, denominado Paya-inca, todas utilizando arcillas locales de Cochabamba, revelando que fueron manufacturadas en el lugar de asiento del *mitmaqkuna*. Esta investigación recién comienza, esperamos que el futuro nos provea de mayores y mejores datos.

Los mitmaqkuna del sur

Desde el norte de la provincia de La Rioja hacia el sur, la alfarería no inca asociada a los sitios incaicos proviene de los valles transversales del norte chico de Chile. A su vez, no lejos de la frontera entre La Rioja y Catamarca existe un tambo incaico denominado Chilecito, anunciando quizás que era la entrada a Chile. No es por azar que nuestra región cuyana, en especial las provincias de Mendoza y San Juan hayan quedado integradas al Reino de Chile una vez conquistadas por los españoles. Incluso en un principio los de Chile pretendieron La Rioja e incluso partes de Catamarca y Tucumán. Si la alfarería diaguito-chilena que se encuentra en La Rioja y en Cuyo es una evidencia válida para suponer que es producto de la instalación de *mitmaqkuna* transandinos, es evidente que las altas cumbres no constituyan una barrera en las concepciones cuzqueñas del espacio. Los españoles, como herederos de ese espacio y en un comienzo también de su partición jurisdiccional, bien pudieron reproducirla, aunque por razones geopolíticas propias hayan desbordado sus límites un poco hacia el norte.

Tendríamos así, una región que participaba más de la esfera chilena que de la del resto del N.O. y de su dinámica de relación con el oriente. Esto no impidió que los incas incorporasen allí diversos elementos altiplánicos cuyo estudio más detallado seguramente brindará nuevos aportes a esta problemática (Bárcena, 1989).

Reflexiones finales

Recordamos que hace muchos años, John Murra insistía que todavía no se había evaluado las profundas alteraciones que la política estatal había producido en el mapa étnico de los Andes. Como vemos, la conjunción de etnohistoria y arqueología colaboran para poner de manifiesto que las alteraciones al mapa étnico del noroeste argentino, como en casi todo el Imperio, fueron profundas y con seguridad de efectos posteriores muy significativos. Los traslados de población, a veces a regiones muy distantes de la patria de origen de los nuevos colonos, en otros por la posibilidad de explotar nuevas tierras antes inaccesibles para ellos, los impulsó a permanecer en sus nuevos asentamientos, cuando el Cuzco fue derrotado. Se produjo así la más fantástica mutación demográfica que se haya realizado en tan poco tiempo y en un territorio tan amplio que abarcaba la totalidad del Tawantinsuyu. Por el momento, es muy poco lo que sabemos puntualmente sobre este tema aunque nadie ignore su magnitud ni su importancia. Sin embargo, es un problema crucial para entender la conquista española y el proceso posterior de colonización.

Este trabajo está destinado a invitar a los colegas a interesarse en el tema y a procurar una colaboración internacional e interdisciplinaria para dilucidar con mayor precisión esta compleja problemática.

BIBLIOGRAFIA

- BÁRCENA, Roberto
1989 "La arqueología prehistórica del centro-oeste argentino (Primera Parte)" en *Xama*, 2: 10-60. Mendoza.
- BERTONIO, Ludovico
[1612]-1879 *Vocabulario de la lengua Aymara*. Public. por Julio Platzman, Leipzig.
- BISHOP et al.
1982 "Ceramic compositional analysis in Archaeological Perspective" en *Advances in Archaeological Method and Theory*, 5:275-330. Academic Press.
- BOUYASSE-CASSAGNE, Thérèse
1978 "L'espace aymara: 'urco et uma' " en *Annales*, 33 (5-6): 1057-1080. París.
- CIEZA DE LEÓN, Pedro
[1553]-1947 *Guerras Civiles del Perú*. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid.
- CIONI, A; M. LORANDI y E. TONI
1979 "Patrón de subsistencia y adaptación ecológica en 'El Veinte' (Santiago del Estero, Argentina)" en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 13: 103-116. Buenos aires.
- CREMONTE, Beatriz
1988 "Cerámicas con inclusiones blancas: un aporte a los estudios de producción y distribución". Ponencia presentada al *IX Congreso Nacional de Arqueología*. Buenos Aires.

D'ALTROY, T. y R. BISHOP

1990 "The provincial organization of Inka Ceramic Production" en *American Antiquity* 55 (1): 120-138.

DEL RÍO, Mercedes y A. María PRESTA

1984 "Un estudio etnohistórico en los corregimientos de Tomina y Amparaz: casos de multiétnicidad" en *Runa* 14:221-246. Buenos Aires.

DOUCET, G. Gabriel

1989 "Acerca de los churumatas, con particular referencia al antiguo Tucumán". Ponencia presentada al *Ier. Congreso Internacional de Etnohistoria*. Buenos Aires.

ESPINOSA SORIANO, Waldemar

1981 "El reino aymara de quillaca-asanaque, siglos XV y XVI" en *Revista del Museo Nacional*, 45: 175-274. Lima.

1987 "Migraciones internas en el reino Colla. Tejedores, plumeros y alfareros del Estado Imperial Inca" en *Chungara*, 13: 243-289. Universidad de Tarapacá. Chile.

GARCILASO DE LA VEGA

[1609]-1960 *Los comentarios reales de los Incas*. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid.

GLAVE, Luis Miguel

1989 *Trajinantes. Caminos Indígenas en la Sociedad Colonial, siglos XVI-XVII*. Instituto de Apoyo Agrario. Lima.

HERRERA, Antonio

[1601-1615] *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar Océano*. Ballesteros ed. Madrid.

KRAPOVICKAS, Pedro

1975 "Algunos tipos cerámicos de Yavi Chico". *Primer Congreso de Arqueología Argentina, Rosario 1970*: 293-300. Rosario.

1977 "Arqueología de Cerro Colorado (Dpto. de Yavi, Prov. de Jujuy) en *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, II:123-148. La Plata.

- 1983 "Las poblaciones indígenas históricas del sector oriental de la Puna" en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 15: 7-24. Buenos Aires.
- 1989 "Dos ciencias íntimamente relacionadas: la arqueología y la etnohistoria. La cultura Yavi y los chichas". Ponencia presentada en el *1er. Congreso Internacional de Etnohistoria*. Buenos Aires .
- LEVILLER, Roberto
 1920 *La Gobernación del Tucumán. Probanzas de Méritos y Servicios de los Conquistadores. Documentos del Archivo de Indias*. 2 Tomos. Madrid.
- LIZARRAGA, Reginaldo
 [1598]-1916 *Descripción colonial*. Biblioteca Argentina. 2 vols. Buenos Aires.
- LORANDI, Ana María
 1974 "Espacio y tiempo en la prehistoria santiagueña" en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 8:199-236. Buenos Aires.
- 1978 "El desarrollo cultural prehispánico en Santiago del Estero. Argentina" en *Journal de la Société des Américanistes*, 65:63-86. París.
- 1980 "La frontera oriental del Tawantinsuyu: el Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo" en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 14 (1): 147-164. Buenos Aires.
- 1983 "Mitayos y mitmaquna en el Tawantinsuyu meridional" en *Histórica*, 7 (1): 3-50. Lima.
- 1984 "Pleito de Juan Ochoa de Zárate por la posesión de los indios ocloyas. ¿Un caso de verticalidad étnica o un relicto de archipiélago estatal?" en *Runa*, 14: 125-144 . Buenos Aires.
- 1988 "Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto". 45 Congreso Internacional de Americanistas, 1985, Bogotá. *BAR, International Series*. 442:235-259. Oxford.

LORANDI, A.M. y C. BUNSTER

1987-1988 "Reflexiones sobre las categorías semánticas en las fuentes del Tucumán colonial. Los valles Calchaquíes" en *Runa*, 17-18: 221-262. Buenos Aires.

LORANDI, A.M. y R. BOIXADÓS

1987-1988 "Etnohistoria de los valles Calchaquíes en los siglos XVI y XVII" en *Runa*, 17-18: 263-420. Buenos Aires.

1989a "Relaciones interétnicas y estrategias adaptativas en el valle Calchaquí. Siglos XVI y XVII". Ponencia presentada en el *Ier. Congreso Internacional de Etnohistoria*, Buenos Aires.

1989b. "Resistencia al dominio español, liderazgo y conflictos interétnicos. El valle Calchaquí siglos XVI y XVII". *ibidem*.

LOZANO, Pedro

[1754]-1955 *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia de Paraguay*. 2 vol. Madrid.

[1756]-1941 *Descripción Corográfica del Gran Chaco Gualamba*. Instituto de Antropología, Univ. Nac. de Tucumán. Buenos Aires.

[1874]-1975 *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Imprenta Popular. Buenos Aires.

MATIENZO, Juan de

[1567]-1967 *El Gobierno del Perú*. Edición del Instituto Francés de Estudios Andinos. Estudio preliminar de G. Lohman Villena. París.

MEDINA, Toribio

1888-1902 *Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo 1518-1818*. 26 vols. Santiago de Chile.

OTTONELLO, M. y P. KRAPOVICKAS

1973 "Ecología y arqueología de cuencas del sector oriental de la Puna, Rep. Argentina" en *Dirección Nacional de Antropología e Historia, Publicación N^o. 1*: 3-12. S. Salvador de Jujuy.

- OVIEDO Y VALDÉS, Fernández
 [1534-56] *Historia General de las Indias*. Imprenta de la Real Academia de Historia. Madrid.
 1855
- PASTELLS, Pablo
 1912 *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil) según los documentos originales del Archivo General de Indias, extractados y anotados por...* Madrid.
- PRESTA, A.M y M. DEL RÍO
 1989 "Reflexiones sobre los churumatas del sur de Bolivia". Ponencia presentada al *1er. Congreso Intern. de Etnohistoria*. Buenos Aires.
- POLO DE ONDEGARDO, Juan
 [1571]-1872 "Relación de los fundamentos acerca del notable daño que resulta de no guardar a los indios sus fueros" en *Colec. de Documentos Inéditos relativos al Descubrimiento, Conquista y Organización de las antiguas posesiones de América y Oceanía, sacados de los Archivos del Reino y muy especialmente del de Indias...* Tomo 17. Imprenta del Hospicio, Madrid.
- RENARD-CASEVITZ, F.M.;Th. SAIGNES y A.C. TAYLOR-DESCOLA
 1986 *L'Inca, l'Español et les sauvages*. Editions Recherche sur les Civilisations. 21. París.
- RICE. P.N.
 1987 *Pottery Analysis. A Soucerbook*. University of Chicago Press.
- SOTELO DE NARVAEZ, Pedro
 [1583]-1885 "Relación de la Provincia del Tucumán" en *Relaciones Geográficas de Indias*, vol. 2. Min. de Fomento. Madrid.
- WILLIAMS, Verónica
 1990 "La región económica con centro en Potrero-Chaquiago" (inédito).
- WILLIAMS, V. y A.M. LORANDI
 1986 "Evidencias funcionales de un establecimiento incaico en el noroeste argentino" en *Comechingonia*. vol. Homenaje al 45 CIA. Bogotá 1985: 135-148. Córdoba.

APENDICE:

La tecnología cerámica y las evidencias sobre el origen de los *Mitmaqkuna*.

Beatriz Cremonte*

Es obvio el valor que tiene el estudio de la cerámica, ya sea por su abundancia y perdurabilidad como por la calidad de la información que nos brinda acerca de los patrones simbólicos y la tecnología de manufactura. Esta información debe ser recogida y analizada en función de la problemática de investigación, es decir, como implicaciones contrastadoras de hipótesis en temas tales como etnicidad, producción o cambio social. Es en este sentido que intentamos una estrategia de análisis cerámico que, interrelacionada con las referencias etnohistóricas, nos oriente en la identificación de las diferencias étnicas y culturales regionales planteadas en este trabajo.

Para avanzar en esta línea de investigación consideramos que era necesario cubrir un aspecto poco explorado del estudio de la cerámica del N.O. argentino: la caracterización composicional de sus pastas y su valor inferencial respecto a los aspectos de la conducta cultural, social y política de las poblaciones involucradas. La metodología utilizada se apoya en la evaluación cuali-cuantitativa de los componentes de las pastas observadas con microscopio petrográfico en cortes delgados realizados en fragmentos de cerámica. Los pasos analíticos son los siguientes: a) identificación de la naturaleza mineralógica de las inclusiones; b) determinación de los porcentajes de matrix, inclusiones no plásticas y cavidades por ploteo (point counter); c) medición en micrones de inclusiones y cavidades y e) aspecto textural general de las pastas (color de fondo, distribución unimodal o bimodal de las inclusiones y presencia o no de orientación en las mismas). El método se completa con la localización de probables depósitos de materias primas y con pruebas de simulación.

* Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Profesora de la Universidad Nacional de Jujuy. Trabajo realizado con fondos de CONICET.

La selección de una muestra para cortes delgados requiere la adscripción tipológica y cronológica precisa de los fragmentos, sustentada en buenos registros de excavación y análisis morfológicos y decorativos previos. De este modo, los datos composicionales permiten derivar inferencias más confiables sobre los comportamientos tradicionales de manufactura, su permanencia y modificaciones en función de los mecanismos de las relaciones interétnicas sostenidas voluntaria o involuntariamente por las poblaciones investigadas.

Sin embargo, muchas veces carecemos de información sobre amplias zonas o bien las secuencias locales son débiles y las tipologías cerámicas requieren de ajustes y revisiones previas. En estos casos, es necesario hacer una clasificación de estándares de pastas de base a bajos aumentos, para establecer covariaciones con tipos o estilos tradicionalmente conocidos para luego, llegar a la caracterización microscópica. Esta condición necesaria para otorgar confiabilidad al método plantea dificultades cuando se trata de comparar muestras de regiones diferentes, dejando vacíos interpretativos que entorpecen la comprensión de los procesos interactivos entre sociedades contemporáneas. Por lo tanto, los resultados del tipo de estudio que proponemos sólo adquieren significación operativa cuando estas condiciones se cumplen en su totalidad. Caso contrario, tienen sólo un valor indicativo o predictivo sujeto a verificaciones posteriores.

Cerámica tucumano-santiagueña

Discutiremos en este acápite los resultados que nuestros análisis ofrecen como vías de contrastación de hipótesis sobre la presencia de *mitmaquna* originarios de la frontera tucumano-santiagueña y del altiplano boliviano en establecimientos incaicos de la región valliserrana central.

Se analizaron 45 cortes delgados de fragmentos provenientes de excavación y superficie de los poblados incas Potrero-Chaquiago (Dpto. Andalgalá) e Ingenio del Arenal (Dpto. Santa María). La muestra es una representación diagnóstica de la mayoría de los tipos cerámicos presentes, observándose las mismas recurrencias ceramológicas en ambos sitios. Los rasgos composicionales son análogos, sin detectar diferencias locales de manufactura, lo que refuerza la hipótesis de que ambos establecimientos tuvieron estrechas vinculaciones y una estructura poblacional étnicamente semejante.

Los tipos cerámicos que están permitiendo rastrear posibles contingentes étnicos trasladados al área diaguita desde la frontera tucumano-santiagueña son: Famabalasto Negro sobre Rojo y Yocavil Polícromo. Muy

semejantes a estos tipos, que en el área valliserrana sólo están presentes en los sitios incaicos, son respectivamente el Negro sobre Rojo Brillante y el Averfías (Lorandi 1974; 1978) que se encuentran en el contexto alfarero de las aldeas del territorio jurí de Santiago del Estero, y en la provincia prehispánica de Tucumán. Estas evidencias, sumadas a los datos etnohistóricos ya comentados en el trabajo de Lorandi, sirvieron para plantear la hipótesis de que la alfarería fuera elaborada en los sitios incas del sector central valliserrano por *mitmaqkuna* provenientes de la frontera oriental.

El análisis comparativo de pastas Famabalasto y Yocavil de Potrero-Chaquiago e Ingenio del Arenal con sus similares de Santiago del Estero, detectó comportamientos de manufactura que indican que por lo menos el Yocavil Polícromo es de manufactura local en cada región. Los fragmentos Yocavil de los sitios incas presentan mayor cantidad de inclusiones de cuarzo y biotita; sus similares Averfías de las aldeas orientales presentan tiestos molidos y ausencia o porcentajes muy bajos de feldeespato. Tenemos, entonces, que en los establecimientos serranos del oeste se habría utilizado una arcilla con mayor contenido de cuarzo y biotita, o bien que empleándose arcillas similares, se hubiera agregado arena fina como material antiplástico, que en el caso de Averfías era reemplazada por tiestos dada la diferente naturaleza de los suelos en las llanuras santiagueñas.

Las pastas de los cuatro tipos son semejantes y revelan una muy buena técnica de manufactura. En cuanto a rasgos composicionales diferenciales registrados en Yocavil y Famabalasto, diremos que los primeros muestran mayor cantidad de cavidades y los tamaños de las laminillas de mica son siempre más pequeños. Estas son diferencias generales de manufactura que están en relación con la preparación y el tratamiento del cuerpo de arcilla aunque estos estados de los atributos no alteran las claras semejanzas composicionales entre estos dos tipos que, en conjunto, siempre se diferencian de las otras cerámicas presentes en los sitios incas bajo análisis.

La abundancia de piezas Famabalasto y Yocavil Polícromo y su homogeneidad composicional indican una producción en gran escala, siguiendo un patrón tecnológico definido y al mismo tiempo similar al de Santiago del Estero, ofreciendo sólo algunas diferencias que se vinculan más bien con la disponibilidad de materia prima y no con modificaciones de la tradición manufacturera. En cambio, la comparación con las pastas de los tipos inca local (o provincial) indican que si estos *soñocamayoc* elaboraron también estas piezas de estilo estatal utilizaron en ese caso una técnica diferente, hecho que parece poco probable si los patrones que revela el análisis que ofrecemos a continuación resultan ser los más frecuentes, porque las diferencias

no se basan en la naturaleza mineralógica de las inclusiones no plásticas sino en la textura general de las pastas, es decir en la selección de materias primas y, o bien, en comportamientos de preparación diferentes.

En síntesis, los análisis efectuados señalan que las pastas Famabalasto Negro sobre Rojo y Yocavil Polícromo son muy semejantes entre sí y con las citadas Averías y Negro sobre Rojo Brillante del área tucumano-santiagueña. El predominio de esta alfarería en los asentamientos incaicos del área central valliserrana y algunos rasgos de su composición que indican su manufactura local, no nos permiten plantear que hayan sido trasladadas en su totalidad desde las aldeas orientales, en especial porque en Potrero-Chaquiago el 50% de los fragmentos decorados corresponden a estos tipos, así como el mayor número de vasijas, incluida una pieza entera (Williams 1991). A ello se adiciona la particular técnica de elaboración que la distingue de los restantes tipos con los cuales está asociada en los sitios incaicos. Si bien en lo morfológico y decorativo han adoptado algunos escasos rasgos de influencia cuzqueña, el patrón tecnológico de fabricación parece haber sido impermeable a estas nuevas influencias, así como a la de otras tradiciones que están presentes en estos establecimientos estatales.

Alfarería altioplánica

Para rastrear la posible existencia de *mitmaquna* altioplánicos en el área valliserrana central, focalizamos nuestro análisis en una característica composicional diagnóstica: las inclusiones blancas en las pastas de algunos tipos cerámicos presentes en los sitios incas de esta zona.

La presencia de inclusiones blancas en las pastas es un rasgo relevante de algunos tipos cerámicos de la cultura Yavi de la Puna Jujefia (Portillo Ante Liso, Cerro Colorado Polícromo, Portillo Polícromo, Yavi Chico Polícromo y Portillo Morado sobre Ante; Krapovickas 1975 y 1977). La importancia de este atributo en la caracterización de la cerámica de la región impulsó la realización de estudios composicionales completos para establecer: a) la identificación petrográfica precisa de estas inclusiones y b) la existencia o no de variabilidad en la naturaleza de las inclusiones blancas para distintos tipos cerámicos y sitios. El análisis de veinte cortes delgados permitió comprobar que la muestra era composicionalmente homogénea. En todos los casos las inclusiones blancas corresponden a lutitas y pizarras de la Formación Puncoviscana, cuyos afloramientos se encuentran próximos a los sitios arqueológicos de donde provenían las muestras. Las pastas son microgranosas compactas, con escasas cavidades; las inclusiones blancas

(20 a 45%) son de tamaños no uniformes y sus formas son tabulares, oblatas o equidimensionales redondeadas. No se observaron diferencias significativas entre los distintos tipos cerámicos y, o bien, en sitios donde fueron halladas (Cremonte, 1988 ms).

En los estudios que se están realizando en Potrero-Chaquiago, en Ingenio del Arenal Médanos (este último valle Calchaquí sur) y en la Paya (Valle Calchaquí norte, antiguo Chicoana), se han detectado últimamente fragmentos Inca Provincial y otros no incaicos con diseños propios del norte de la Puna argentina o del sur del Altiplano boliviano y que muestran inclusiones blancas en sus pastas macroscópicamente similares a las de algunos tipos Yavi. Por lo tanto, algunos diseños y pastas nos plantearon el problema de las relaciones entre estos cuatro asentamientos (Potrero-Chaquiago, Ingenio del Arenal Médanos, La Paya y Yavi) y, a su vez, induce la pregunta sobre si la política incaica de traslados de población tuvo alguna influencia en esta dispersión de rasgos culturales tan específicos como los que estamos analizando. Para dilucidar esta problemática se hicieron observaciones en veinte cortes delgados de fragmentos incaicos y punefios o altiplánicos de Potrero-Chaquiago e Ingenio del Arenal Médanos y los comparamos con la muestra del área de Yavi.

Los resultados de este estudio permitieron determinar que las inclusiones blancas de los dos sitios de Catamarca corresponden - en todos los casos - a gránulos de vidrio volcánico presentes en elevada proporción (18 a 30%). En cambio, como dijimos más arriba, las inclusiones blancas de las alfarerías Yavi correspondían a lutitas y pizarras, es decir, que son de naturaleza diferente. Tanto en los fragmentos con inclusiones blancas de Potrero-Chaquiago como en los de Yavi se observa una búsqueda preferencial de determinados depósitos de materias primas para antiplástico, lográndose un mismo efecto en la coloración de las pastas y en la apariencia de las superficies.

Si se tratara de las mismas inclusiones, hecho sumado a la presencia de diseños semejantes, es posible inferir que estaríamos ante un intercambio de piezas a larga distancia (piezas de la puna oriental jujeña, donde predominan, traídas a zonas valliserranas, donde se encuentran en escaso porcentaje). Pero si, como se ha comprobado, son de distinta naturaleza mineralógica, podemos inferir con mayor grado de certidumbre que, o bien provienen de otros lugares del Altiplano Meridional aún no precisado, o bien que se trata de manufactura local, adaptada a las materias primas disponibles, recurso que permitió, como lo suponemos, respetar la tradición originaria.

Dado que Potrero-Chaquiago es un centro administrativo perfectamente identificado, es posible pensar que allí fueron alojados *mitmaqkuna* provenientes de Yavi o de áreas aledañas cuyos olleros participaron de esta tradición. Probablemente, los alfareros que fabricaron estas pocas piezas de rasgos puneños /altiplánicos hayan también elaborado algunas de las piezas Inca provincial que poseen estas inclusiones blancas. No podemos dejar de plantear que el patrón simbólico incaico - manifestado fundamentalmente en la decoración y en atributos morfológicos - fuera un factor cobertor de las diferencias étnicas de los alfareros y que estas diferencias pueden entonces manifestarse en otros indicadores, como son, por ejemplo, los composicionales, teniendo en cuenta que son los más resistentes al cambio (Rice 1987:462). Por esta razón estamos evaluando a las inclusiones blancas como posibles identificadores étnicos. En las piezas incaicas, estas pastas no están restringidas a determinados tipos. ¿Por qué las inclusiones blancas están presentes en el Rojo sobre Blanco, en el Negro sobre Rojo o en el Cuzco Polícromo?, y ¿por qué tenemos piezas de estos mismos tipos con y sin inclusiones blancas? Quizás porque fueron fabricadas por alfareros de distinto origen étnico y geográfico.

En cuanto a la organización de la producción cerámica, D'Altroy y Bishop (1990:123) demostraron que la mayoría de la cerámica inca fue manufacturada y usada provincialmente y que la estandarización de las formas y decoraciones facilitó que la producción fuese realizada por alfareros con distintas tradiciones locales. Toda la alfarería incaica de Potrero-Chaquiago es de tipo Inca Provincial y posiblemente, este asentamiento estatal - que no se emplazó sobre una población local - haya administrado una región económica, donde participaran *mitmaqkuna* en la explotación y producción de recursos que interesaban al Estado y que se distribuía en una amplia región que incluye el sur del valle Calchaquí y el valle del Hualfín y zonas aledañas. Recientemente, Espinosa Soriano (1990) ha mostrado que el conocido asiento de Cupi distribuía alfarería en una amplia región del Collao, hecho que confirma etnohistóricamente las inferencias arqueológicas obtenidas en el Mantaro y en Potrero-Chaquiago.

La presencia de la cerámica con inclusiones blancas nos remite a la distribución de los *mitmaqkuna* en el cuadrante septentrional del noroeste argentino, ya que en la mayoría de los establecimientos estatales se ha registrado esta cerámica con rasgos altiplánicos (Lorandi y Boixadós 1987-88). Trabajos recientes están señalando que la cultura Yavi, Yavi Chico o Fase Yavi Chico (Krapovickas 1989 y Ottonello y Krapovickas 1973) estuvo integrada al territorio étnico de los chichas (Krapovickas 1979, 1983, 1989), de modo que los elementos de la cultura material nos permitirían "...rastrear la existencia

de chichas en lugares sobre los cuales carecemos de datos directos aportados por las fuentes escritas" (Krapovickas 1983). La asociación de esta cerámica con el Inca Provincial en áreas no puneñas está reflejando que el dominio incaico en un amplio sector del noroeste argentino tuvo un fuerte componente altiplánico.

Los ejemplos citados para distintas zonas del noroeste argentino son ejes de investigaciones en curso que confluyen hacia una misma temática - amplia y compleja - que requiere la extrapolación de datos obtenidos a través de distintas estrategias metodológicas. Para contrastar hipótesis sobre colonizaciones y circuitos de intercambio, las caracterizaciones composicionales de pastas aportan datos que generan sus propias hipótesis sobre la difusión de la información técnica, el origen local o no de la producción y el movimiento de las piezas desde su lugar de manufactura al de deposición (Bishop et al. 1982). Hipótesis e inferencias que deben ser contrastadas con las derivadas de la etnohistoria, con los análisis de forma y diseño y los registros de excavación en función de los objetivos actuales de investigación.

